

# Pinochet

**Aunque es obvio que una lectura** de conjunto –histórica, objetiva o fría– respecto a los efectos de la muerte y legado de Pinochet sólo va a ser posible recién en treinta o cuarenta años más, es fácil, por lo menos en literatura, darse cuenta de que el fallecimiento del general coloca ciertas cosas en perspectiva: hasta el día de hoy, Augusto Pinochet Ugarte fue la bestia negra inalcanzable de la novela chilena.

Tal y como con Franco, a quien admiraba, nadie pudo narrar a Pinochet. Nadie se atrevió. La novela del dictador les quedó grande como formato, como tema. No se la pudieron. Era, por supuesto, un desafío. ¿Cómo escribir del golpe, de los tiempos muertos de los 70, de los acomodados y reacomodados de los 80, de la violencia de la DINA y la CNI y de las entrañas del edificio Diego Portales? No lo sé. No se me ocurre.

Pero ahora, que Pinochet ha muerto, sería interesante contar las novelas que se refirieron a él, que lo tomaron como figura, que lo intentaron descifrar. Por supuesto, hay unas cuantas, pero incluso en las mejores (*Casa de campo* de Donoso y *Nocturno de Chile* de Bolaño) el gobernante de facto aparece como una figura incidental, nunca como el centro del relato. Hay, por cierto, novelas sobre sus esbirros (destacan las de la saga de Heredia de Ramón Díaz y *La burla del tiempo* de Electorat), cáusticas comedias (*Tengo miedo torero* de Lemebel) e inmersiones en la psiquis local, fracturada por el crimen institucional (*El padre mío* de Diamela Eltit), pero no hay quien pueda con Pinochet así de buenas a primeras, en la escritura de un relato-río sobre el dictador y sus laberintos.

Es interesante ese fracaso asumido, esa deuda impaga de la que se intenta salir con excusas honrosas o patéticas. Alguna vez, hace años, almorzando en la universidad, le planteé a un escritor de la generación del 72 las mismas dudas anteriores y él me respondió que si juntabas tres novelas suyas, podías sacar de refilón un gran relato sobre la dictadura. Esa respuesta me dio risa (por lo imbécil, lo oportunista y conformista), pero

me dejó pensando: la novela del dictador es el Triángulo de las Bermudas de nuestra narrativa. Si fracasó el boom entero, si fallaron o no estuvieron a la altura García Márquez y Vargas Llosa, ¿cómo los autores locales no se iban a perder ahí?

Mejor declararse incompetente y decir que se trata de una figura que no merece ser narrada. Para ese escritor, Pinochet era un poncho que le quedaba gigantesco. O les provocaba pavor: no un miedo físico, sino más bien un miedo literario. El pavor ante un tema que convocaba todos los tópicos que había explotado en su obra completa (el exilio, la vida feliz o infeliz de la UP, la violencia institucional, la resaca democrática de la Transición), pero que no podía resolver porque el riesgo era demasiado grande, porque no sabía entrar en sus propias fisuras, porque internarse ahí era ceder al horror y la violencia, abrir la puerta a imágenes o ideas que eran reales (La Moneda en llamas, el culto a la personalidad, los lentes negros, el kitsch y el horror del poder), pero también alegóricas, cercanas, inexplicables.

Por supuesto, no se trata de ningún crimen el no haberlo intentado. Pero sería reparador chequear qué hizo la novela local con Pinochet y si estuvo a la altura o no de tamaño tema: qué epitafios o maldiciones le lanzó anticipadamente, si se ensució las manos con sus peores temores y abrió los ojos en la oscuridad, intentando golpear con la pluma un fantasma manchado con sangre. ☒

**Hace tiempo, en un viejo número** de la edición argentina de Rolling Stone, un periodista se sumergía en el submundo del sadomasoquismo en Buenos Aires. Visitaba sesiones presididas por dominatrices de diverso cuño mientras hablaba con clientes felices de ser amordazados y golpeados. Al periodista le obsesionaba algo que no podía llegar a comprender: ¿cómo en un país donde se había practicado la tortura de modo institucional podían existir ciudadanos felices de someterse voluntariamente a ella?

Esa pregunta me volvió a la cabeza esta semana cuando supe que Osvaldo Romo había muerto. Por supuesto, la noticia me impactó. Romo mató, violó, torturó, delató y estaba orgulloso de eso. Se consideraba a sí mismo un profesional al que habían dejado solo, a su suerte y hasta estos días nos habíamos olvidado de él.

Hace años leí el libro de entrevistas de Nancy Guzmán sobre Romo. Se me hizo insostenible; en cierto modo me enfermó físicamente ante sus páginas, me intoxicó. Ahora –con Romo muerto– me di cuenta de otra cosa: aquel libro, que revelaba aquella actitud jactanciosa del torturador mientras explicaba los métodos eficaces para desaparecer a sus prisioneros (violentando y lanzando sus cuerpos en el mar o volcanes, mutilando con un "napoleón" sus manos), subrayaba también los alcances de cierta literatura chilena.

Era a la luz de esas confesiones que habría que revisar textos como *Purgatorio*, de Raúl Zurita, o *Arte Marcial*, de Bruno Vidal. Pensar, por un lado, que el primero reafirma que el mejor Zurita (el esencial, no el que va a leerles a los monos del zoológico) siempre estuvo en ese poemario que en el fondo era un ensayo casi testimonial sobre la tortura, donde las secuelas del colapso nacional (y sus marcas sobre el cuerpo del poeta) se convertían en estigmas, al punto que simplemente debía escribir su última parte sobre encefalogramas, sobre su cabeza quebrada. Por otro, habría que releer cómo Vidal tomaba el camino contrario. Escuchando a Romo su épica sobre torturadores y agentes de la DINA lucía a lo más como una parodia agria, imposible, clausurada de antemano.

Porque Romo es la muerte de las posibilidades de la literatura, pues como tema, como sujeto e hito histórico, recuerda que hay una zona vedada a las palabras, un aspecto de nuestra historia que no podremos procesar jamás. Romo es, por supuesto, una de las mejores encarnaciones del mal (en el caso de que eso exista) que ha fabricado Chile. Una versión sorda, vulgar, hueca, retorcida, podrida al punto de que nadie quiso reclamar su cuerpo.

Pero ese mal supera lo literario. Romo invalida cualquier intento de alegorizar nuestra historia por medio del arte. La poesía y la ficción chilenas –tal como las ha construido nuestra tradición– son demasiado pequeñas e intimistas para hacerse cargo de lo que él significa, porque lo que él significa está en otro lugar. Ese lugar –donde también habita el sueño de una novela imposible de Pinochet– señala lo mínimo de los esfuerzos de la letra frente a la dimensión desnuda de la violencia. Repito: para Romo no quedan palabras y ese detalle es pavoroso. Romo es el horror y el relato de sus crímenes basta por sí solo. No merece una novela o bien merece cien. Ninguna lo explicaría: todas están escritas con un alfabeto insostenible. Nadie las leería, tal vez, porque nadie lo veló ni lo despidió salvo unas monjas que lo sepultaron como un acto de caridad cristiana. Nadie, como en el poema de Pezoa Véliz, quiso decir nada. ☒

Álvaro Bisama  
Valparaíso 75

Bisama  
Romo